

de una vida verdaderamente cristiana. Hallanse algunas dificultades que sobrepujar, pero solo son en orden á los sentidos y al amor propio; y al mismo tiempo se siente un valor que inspira la gracia y que hace que en las mismas dificultades se encuentre dulzura. La alegría, lo mismo que la resurreccion es toda espiritual. Encuéntrase un nuevo gusto en todo lo que Dios pide de nosotros, y un verdadero disgusto en todo lo que agrada al espíritu del mundo. Se piensa, se juzga muy de otra manera que antes de los regocijos y de las máximas mundanas. Hállase una dulzura, un placer en cumplir con los deberes de cristianos, y una satisfacción, una paz superior á todo lo que puede pensarse en los ejercicios de piedad y de religion. 3.^a Habiendo resucitado Jesucristo, ya no se encontró su cuerpo adorable en el sepulcro. ¿En qué pensais cuando venis á buscar á vuestro Maestro en el sepulcro? dicen los ángeles. *Resucitó, ya no está aquí.* He aquí lo que debe decirse, despues de estas fiestas, de una persona espiritualmente resucitada. ¿En qué pensais cuando venis á buscar á ese hombre en las concurrencias mundanas; á esa mujer en las academias de placer y de juego; á esos amigos en los espectáculos profanos, en los lugares de la disolucion, que deben mirarse como los sepulcros de tantas gentes? Ha resucitado verdaderamente; no puede ya estar aquí. 4.^a En fin, Jesucristo ha resucitado, y ya no muere mas; la muerte no tiene ya poder sobre él. Este es el efecto de una verdadera resurreccion espiritual, y la señal mas segura de una verdadera conversion. Perseverar en la gracia y en la práctica de la piedad; vivir en adelante con una vida verdaderamente cristiana, efecto y prueba cierta de una verdadera resurreccion.

Haced, Señor, por vuestra misericordia que yo experimente esto mismo, y que todas estas circunstancias consoladoras acompañen de hoy mas mi resurreccion; esto es lo que, lleno de confianza, espero de vuestra bondad infinita y de vuestra gracia omnipotente.

JACULATORIAS. — He hallado, en fin, al que mi alma ama con ternura; le poseo, y no le perderé ya. (*Cant. 3.*)

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? (*Rom. 8.*)

PROPOSITOS.

1 La alegría es inseparable de la resurreccion espiritual: La paz del corazon, la alegría de una buena conciencia, el amor que tiene á Jesucristo una alma espiritualmente resucitada, la dulce

confianza que tiene en su misericordia, todo esto hace que se goce desde esta vida un prelude de las alegrías celestiales; no omitais nada para hacer de ello una dichosa experiencia. Y para esto procurad que todas las circunstancias de la verdadera resurreccion que acabais de meditar, acompañen vuestra resurreccion espiritual. No os contenteis con haber muerto al pecado por medio de vuestra sincera penitencia; morid de nuevo á él todos los dias por una nueva y cada vez mas sincera contricion.

2 La resurreccion da una vida totalmente nueva; procurad en toda vuestra conducta que parezca que habeis olvidado la antigua. No concurráis ya á esos lugares profanos y mundanos, que por lo comun son el sepulcro de la inocencia. El lugar santo, las iglesias, las casas de los pobres, prisiones, hospitales, los lugares donde se ejercita la caridad, sean en donde sea preciso ir á buscaros y donde se os encuentre. En fin, sea uno de los rasgos mas marcados de vuestro verdadero retrato la alegría espiritual, madre de la dulzura, de la afabilidad, de la compasion.

MARTES DE PASCUA.

LA solemnidad de este tercer dia no es mas que la continuación de la del primero, puesto que no es mas que la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta. El introito de la fiesta de ayer nos anunciaba el derecho que nos habia adquirido el Salvador por su resurreccion á la tierra prometida, inundada de leche y de miel; esto es, á la celestial Jerusalem, dulce mansion de los bienaventurados, y ahora nuestra patria celestial. El introito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que nos ha merecido Jesucristo. *El Señor les ha dado á beber la agua de la sabiduría*, aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no se verán ya forzados como esclavos á abrirse cisternas en donde no encontraban mas que una agua cenagosa, incapaz de apagarles la sed; en adelante encontrarán en la casa del padre de familias, esto es, en la Iglesia, una fuente de agua viva que iluminará su entendimiento, y les dará la inteligencia de las verdades mas sublimes, y el don de la sabiduría que les enseñará el camino del cielo y evitará el que se extravien. Bendigamos al Señor por una misericordia tan grande. Este don de la sabiduría no será pasajero, antes bien *permanecerá en los hijos de Dios*: esta fuente no se agotará en la Iglesia. Las mas crueles

persecuciones, los escombros, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de mártires, no han podido hacerle tomar otro curso; la fuente de agua viva, esta agua saludable de la sabiduría no podía encontrarse en las sectas; no se halla ni puede hallarse mas que en la verdadera Iglesia; solo los hijos de la Iglesia son los que se sacian con ella. Bendigamos eternamente al Señor. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es mas que locura, despreciará altamente á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, les colmará de gloria eternamente; no cesemos de tributar acciones de gracias á Dios por un beneficio tan singular, y cantemos sus alabanzas con una santa alegría. *Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, dad á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra.* La Iglesia no puede contener su alegría en todo el tiempo pascual; así es que continuamente tiene en la boca cánticos de alegría y de acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redención la lleva hasta querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

En la Epístola de la misa de este día se ve á S. Pablo predicando á los judíos de Antioquia de Pisidia, achacar el crimen cometido en la persona de Jesucristo á los judíos de Jerusalem, los cuales no conociendo á Jesus ni queriendo conocerle como quien era, ni entendiendo las palabras de los profetas que se leían todos los sábados, las habian dado cumplimiento persiguiéndole hasta hacerle morir en la cruz; pero que al tercer día aquel Jesus crucificado por los judíos habia resucitado y se habia presentado á un gran número de hermanos que estaban vivos y daban testimonio de esta verdad.

Habiendo recibido la fe de Jesucristo por la predicación de los apóstoles la ciudad de Antioquia, capital de la Siria, veía crecer todos los días el número de fieles; y en esta iglesia tan floreciente fué en donde estos tomaron por primera vez, hácia el año 43 de Jesucristo, el nombre de *cristianos*. Habia en esta iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban Saulo, que muy luego tomó el nombre de Pablo, y Bernabé. Habiendo escogido el Espíritu Santo á S. Pablo y á S. Bernabé para que fuesen á predicar á los gentiles, partieron sin dilación los dos apóstoles, y la primera población en donde se detuvieron fué en Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquia; de allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con mucho fruto, y haciendo muchos milagros. Habiendo partido de Pafos S. Pablo y S. Bernabé, se embarcaron con mu-

chos fieles que se habian agregado á ellos. Llegaron á Pergo, ciudad de Panfilia, y pasando adelante fueron á Antioquia de Pisidia, en donde habia un gran número de judíos establecidos que hacian allí un gran comercio. Habia en el Asia muchas ciudades que se denominaban Antioquia: contábanse hasta doce; esta estaba en Pisidia, provincia del Asia menor, con la Frigia al norte y la Panfilia al mediodía. Habia en la ciudad una sinagoga célebre. No dejaron los dos apóstoles de ir á ella el sábado, y habiendo entrado en ella tomaron lugar, sentáronse, y oyeron la lectura. Acostumbraban los judíos leer todos los sábados en sus sinagogas un capítulo de la ley, y añadir á él algun pasaje de los profetas. En seguida el que presidia la asamblea convidaba á alguno, y en especial á los extranjeros, á que hiciesen alguna instruccion al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Despues de la lectura ordinaria el que presidia envió á decir á los dos apóstoles que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con placer. Levantóse entonces S. Pablo, y haciendo señal con la mano que se guardase silencio, les hizo el discurso que se contiene en esta Epístola.

Á vosotros, hermanos míos, hijos de la estirpe de Abraham, y á vosotros los que temeis á Dios (estas palabras se dirigian á los prosélitos y á los gentiles que creían en el verdadero Dios, y que concurrían el sábado á las sinagogas para instruirse, y para oír hablar de la ley) á vosotros es á quien yo dirijo mi palabra. Vosotros sabéis que Dios ha sido siempre el protector particular de nuestra nacion; que ha escogido y amado á nuestros padres, hasta darles la preferencia sobre todos los pueblos del mundo. Vosotros no ignorais todas las maravillas que ha obrado en favor de este pueblo escogido. ¡Qué de prodigios para sacarle de la servidumbre de Egipto; con qué bondad sufrió su mala conducta en el desierto por espacio de cuarenta años; qué de victorias conseguidas; cuántos enemigos vencidos para ponerles en posesion de la tierra prometida! ¿Qué proteccion mas señalada que la que les franqueó bajo del gobierno de los jueces por espacio de cerca de cuatrocientos cincuenta años? Y ¡qué bondad la que les dispensó bajo del dominio de los reyes, y sobre todo en el de David, de este rey segun su corazón! De su estirpe ha hecho Dios, consiguiente á su promesa, que naciese para Israel un Salvador, el cual es Jesus, cuya venida ha anunciado Juan Bautista; ese admirable precursor del Mesias, prometido tantos siglos hace, nada ha omitido para dar á conocer el divino Salvador á quien anunciaba. Vosotros no me conocéis, decia á los judíos que iban en tropas al desierto para oírle; vosotros me te-

neis por el Mesías; no lo soy; es el que va á presentarse despues de mí, del cual no soy digno ni aun de desatarle sus zapatos. Hablaba no solo á sus oyentes, sino tambien á vosotros mis amados hermanos, dignos hijos de Abraham; á vosotros lo mismo que á ellos dirigia esta palabra de salud. Tambien ha sido enviado á vosotros la palabra eterna, el Verbo divino. Ya se habia manifestado bastante por sus profetas, cuyas predicciones leéis todos los sábados en vuestras sinagogas. En fin, se le ha visto, se le ha oido á él mismo, y los brillantes milagros que ha hecho, demuestran sobradamente quién era; mas no obstante que ha venido á su propia heredad, no ha sido recibido por los suyos. El pueblo de Jerusalem, y no menos sus cabezas, no han querido reconocerle por el Mesías, y ellos han realizado, condenándole, las palabras de los profetas que se leen todos los sábados; y por una impiedad, una injusticia que jamás ha tenido semejante, sin hallar nada en él que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida. Por este medio han ejecutado enteramente, sin saberlo, todo lo que habia sido dicho de él en los libros de los profetas; y hartándole de oprobios y haciéndole espirar en la cruz, han servido tambien en alguna manera sin saberlo á su gloria; porque habiendo sido puesto en el sepulcro, Dios le ha resucitado al tercero dia, y su muerte ha sido nuestra salud y su triunfo. Esta noticia es incontestable, tiene tantos testigos como discípulos tenia. Todos los que habian venido con él de Galilea á Jerusalem, le han visto muchas veces despues de su resurreccion; y ahora todavia dan un testimonio público é irrecusable de elló. Este misterio ha sido la consumación de la grande obra de la redencion de los hombres, la cual fué antes prometida á nuestros padres, y nosotros os anunciamos hoy. La promesa está cumplida por la resurreccion de Jesucristo, la cual es una prenda y una seguridad de la nuestra. La resurreccion es el cumplimiento y como el compendio de las promesas. Es en efecto la prueba de los demás misterios, el fundamento de las verdades que creemos, la prenda y como las arras de los bienes que debemos esperar.

El Evangelio del dia es la relacion que hace S. Lucas de la aparicion de Jesus resucitado á todos sus apóstoles y á los demás discípulos reunidos hácia el principio de la noche, despues que los viajeros de Emaús habian vuelto á Jerusalem, y hubieron contado lo que les habia sucedido en su viaje. Era esta la quinta aparicion en el primer dia de su resurreccion.

Habia aparecido el Salvador en este dia á Magdalena, á sus compañeras cuando volvian del sepulcro, á S. Pedro y á los dis-

cipulos que habian ido á Emaús; mas no quiso dejar pasar el dia sin conceder á todos los apóstoles y á los discípulos reunidos la misma gracia. Los de Emaús no hacian mas que llegar, y apenas habian contado á toda la asamblea su dichosa aventura, cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos. Habia entrado en la sala estando cerradas todas las puertas: esto era la tarde del domingo mismo de la resurreccion; era de noche, y estaban ya á punto de ponerse á la mesa; pero antes habian cuidado de cerrar bien todas las puertas para no ser sorprendidos y maltratados de los judios. A este tiempo, pues, fué cuando el Salvador se presentó repentinamente en medio de ellos, les saludó, segun su costumbre, diciéndoles: La paz sea con vosotros: yo soy; no temais. Tenian en verdad necesidad de ser asegurados, porque bien que esta visita tan inesperada les regocijase y reanimase su esperanza; sin embargo, una aparicion tan súbita les habia asustado, y el miedo se habia de tal modo apoderado de ellos, que creian no ver mas que un fantasma ó un espíritu revestido, como los ángeles, de un cuerpo aparente ó supuesto. No lo ignoraba el Salvador, por tanto les aseguró con bondad y una afabilidad amable: No temais, hijos míos, les dijo, no os entregueis á las ideas que os atribulan y que aumentan vuestro espanto. Vosotros no podeis comprender como un cuerpo pueda entrar estando cerradas las puertas, y pensando que en mí no veis mas que un espíritu, temeis el ser engañados; no, hijos míos, tranquilizaos: yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, vuestro Padre: este cuerpo que veis, no es un cuerpo fantástico ó extraño, es el mismo cuerpo que ha sido clavado en la cruz; mirad todavia las cicatrices en mis manos y en mis pies: no os fieis de vuestros ojos; aplicad la mano, tocad este cuerpo, y convenceos que aqui no hay ni fascinacion en vuestros ojos, ni el aire configurado en un cuerpo, sino que lo que hay aquí es un cuerpo palpable, un cuerpo real, que es mi propio cuerpo, compuesto de carne y de huesos, lo cual no puede tener ni contrahacer un espíritu. Despues de lo cual levantando la fimbria de su vestidura les mostró sus pies y sus manos. Hay motivo para creer que los apóstoles y discípulos tocaron efectivamente y manosearon el cuerpo de Jesucristo. El pecado de Sto. Tomás, dice un sabio intérprete, no consistió en haber creído despues de haber visto, sino en haber rehusado el creer si no veia, y no haberse rendido al testimonio de todos los discípulos. Tanta era la alegría que tenian, dice el Evangelio, que todavia no creian, y estaban todos asombrados. Una alegría extraordinaria de improviso suspende el ánimo y el raciocinio, y aun inspira una especie de descon-

fianza. No puede uno persuadirse que se posea realmente lo que se desea demasiado: la posesion súbita de un bien que se deseaba ardientemente, y que apenas se atrevia uno ya á esperar, ordinariamente hace que se fie uno con dificultad hasta de sus propios ojos: tal era la disposicion de los apóstoles. *No creían por el gran gozo* que les poseía. Estas palabras indican mas gozo y emocion en el corazon, que desconfianza é incredulidad en su entendimiento. La dificultad que tienen los apóstoles y discipulos en rendirse á las pruebas tan visibles de la resurreccion del Salvador ha contribuido para hacer incontestable la verdad de este misterio, mucho mas que hubiera podido hacerlo una precipitada credulidad; pero queriendo el Salvador acabar de convencerles, les preguntó si tenían alguna cosa que comer. Inmediatamente le presentaron un pez asado y un panal de miel. Aunque en el estado glorioso en que estaba el Salvador no tenia necesidad de alimento, comió verdaderamente para convencer á sus apóstoles de la realidad de su cuerpo. *El que comiese*, dice S. Agustin, *prueba fué de su poder, no de su necesidad.* ¿Quién no admirará aquí la bondad y la complacencia infinita del Salvador con todos sus discipulos? No contento con haberse manifestado á algunos en particular, se deja ver de todos, se presta y se acomoda á su flaqueza; les convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que pueden exigir. Se muestra, les habla, les asegura, responde á sus dificultades, resuelve sus dudas, quiere que se cercioren por sus ojos y por sus manos de la realidad de su cuerpo; come y bebe con ellos sin embargo de que no tenia necesidad ni de lo uno ni de lo otro. ¿Tenemos nosotros la misma condescendencia, la misma complacencia con los flacos? ¡Dios mio! ¿cuando aprenderemos del Salvador á ser dulces y humildes de corazon como él!

Lo que cuenta S. Lucas de Jesucristo en la continuacion del Evangelio de este dia, puede mirarse como el compendio de las instrucciones que el Salvador dió á sus apóstoles, en las conversaciones que tuvo con ellos en lo sucesivo. Es probable sin embargo que en esta aparicion les dijese alguna cosa en general. Viendo, pues, Jesucristo á los apóstoles y á los discipulos vueltos ya en sí de su asombro y tranquilos en su presencia: Si renovais en vuestro ánimo, les dijo, lo que me habeis oido decir cuando estaba con vosotros antes de mi muerte, os acordareis que he predicho todo lo que ha sucedido, que era necesario que todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en las profecias y en los salmos se cumpliese. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. En efecto, no basta que



Dios nos hable en las Escrituras, es preciso que nos dé tambien la inteligencia de ellas; esto es lo que hizo entonces el Salvador en favor de sus apóstoles y de sus discípulos: hablando á sus oídos, iluminaba su entendimiento, y les hacia comprender lo que nunca habian podido creer, ni aun pensar, esto es, que era necesario que el Cristo, el Mesias sufriese todo lo que habian visto sufrir al Salvador; afrentas, calumnias, oprobios, irrisiones, flagelacion cruel, crucifixion tan ignominiosa como dolorosa; que era necesario, en fin, que muriese en la cruz, que fuese encerrado en el sepulcro, y que al tercer dia resucitase. He aquí, les dijo, las condiciones con que Dios mi Padre queria que yo entrase en mi propia gloria: no debía yo ser el Salvador de los hombres, sino mediante mis tormentos y mi muerte; y por mi gloriosa resurreccion he triunfado de todo el infierno y de la muerte misma, y he abierto el cielo á los mismos hombres para quienes estaba cerrado por el pecado que yo he espiado. Esto es lo que yo quiero que vayais á predicar á todas las naciones del mundo, exhortándolas á la penitencia, y prometiéndolas de mi parte y en mi nombre la remision de sus pecados. Quiere el Salvador que sus apóstoles prediquen á todos los hombres la remision de los pecados; pero al mismo tiempo la penitencia, porque no hay pecado que se perdona sin una penitencia sincera; sin penitencia no hay remision de los pecados.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam novo semper factu multiplicas: concede famulis tuis, ut sacramentum vivendo teneant, quod fide perceperunt. Per Dominum...

O Dios, que renovais sin cesar vuestra Iglesia por los nuevos hijos que le dais: dignaos hacer que vuestros siervos conserven mediante una vida verdaderamente cristiana la gracia del bautismo que han recibido por la fe. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 13.

In diebus illis: Surgens Paulus, et manu silentium indicens, ait: Viri fratres, filii generis Abraham, et qui in vo-

En aquellos dias, levantándose Pablo é indicando con la mano que guardasen silencio, dijo: Hermanos míos, hijos de

bis timent Deum, vobis verbum salutis hujus missum est. Qui enim habitabant Jerusalem, et principes ejus ignorantes Jesum, et voces prophetarum, quæ per omne sabbatum leguntur, judicantes impleverunt: et nullam causam mortis invenientes in eo, petierunt à Pilato, ut interficerent eum. Cùmque consummassent omnia, quæ de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento. Deus verò suscitavit eum à mortuis tertia die: qui visus est per dies multos his, qui simul ascenderant cum eo de Galilæa in Jerusalem: qui usque nunc sunt testes ejus ad plebem. Et nos vobis annuntiamus eam, quæ ad patres nostros repromissio facta est: quoniam hanc Deus adimplevit filiis nostris, resuscitans Jesum Christum Dominum nostrum.

«San Lucas nos representa en los Hechos de los Apóstoles el cumplimiento de muchas cosas que habia predicho el Hijo de Dios, la descension del Espíritu Santo, la mutacion prodigiosa que ha obrado en el entendimiento y en el corazon de los apóstoles, y en particular el testimonio que ellos han dado de su resurreccion.»

REFLEXIONES.

Los que habitaban en Jerusalem, y sus principales cabezas, no reconociendo á Jesus han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los profetas. Los judíos entregan á Jesus á la muer-

te á fin de hacerle pasar por un seductor; han recurrido á los gentiles para hacer su muerte mas ignominiosa, y á él mas criminal á los ojos de los pueblos; toman las precauciones mas seguras y las mas estudiadas para impedir que sus discípulos pudiesen robarle del sepulcro; cierran la entrada con una piedra suficiente por sí sola para hacer cuasi imposible este robo; ponen en ella el sello público, y colocan al rededor del sepulcro un cuerpo de guardia. No era necesario tanto para alejar de él á un puñado de pescadores, que muy léjos de pensar no solamente en acercarse al sepulcro, ni aun se atrevian á comparecer en público. Y el mismo suplicio que es el cumplimiento de las profecias, le da á conocer por el Mesías; y todas estas medidas tomadas con la precaucion mas sutil vienen á servir de prueba la mas convincente de su resurreccion, y los soldados tan vigilantes son los primeros predicadores y los heraldos de su triunfo. ¡Vanos proyectos de los hombres, ellos no son otra cosa que locura y flaqueza cuando se forman contra vos, ó Dios mio! Los principes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los oráculos del concilio, los jefes del pueblo, ¿podian tomar medidas mas propias para impedir, para prevenir todo lo que podia favorecer la creencia de la resurreccion del Salvador? ¿Qué prevision mas sabia, que precauciones mas eficaces contra la artimaña, contra la astucia, contra los artificios? pero ¿qué puede toda la prudencia mundana contra los designios de la Providencia y de la sabiduria de Dios? Todo esto sirve maravillosamente para probar invenciblemente y para publicar universalmente la verdad de este misterio. Sabiduria humana ¿cuándo dejarás de engañar? y nosotros ¿cuándo dejaremos de ser los juguetes de las ilusiones de nuestro entendimiento y de nuestras escasas luces? ¿Sobre qué giran todos esos ambiciosos designios, todos esos vastos y pomposos planes de fortuna? consultemos esos sueños profundos, esas meditaciones estenuantes, ese estudio continuo y sombrío de un hombre que quiere adelantarse, de una persona que quiere hacer fortuna. Recorramos todos los estados, en el campo como en la corte, entre los grandes como entre el pueblo: sabiduria humana, propia industria, apoyo de los hombres, favor, habilidad, estos son los ídolos á quienes se ofrece incienso, el oráculo á quien se consulta, y en quien se pone toda su confianza; pero con el Señor no se cuenta para nada. Esas gentes de negocios embarcadas en un mar lleno de escollos y célebre en naufragios, ¿consultan mucho al Señor antes de entrarse á alta mar? todas esas personas que se forjan tantos sistemas de engrandecimiento y de fortuna, ¿se dirigen á Dios en todas sus ambiciosas empresas? ¡Ah! no

se piensa en esto, porque se cuenta poco con sus auxilios y con su proteccion. Pónense en movimiento todos los medios humanos, y se deja á los devotos el procurar los divinos, con los cuales cuentan. Que los paganos se apoyen no mas que en su prudencia, no es de estrañar, ellos tienen por divinidad á la fortuna; pero que los cristianos observen la misma conducta ¿no es preciso clamar impiedad, irreligion? Y despues de esto ¿se estrañan tan estraordinarias revoluciones como suceden? Estrañemos todavia mas las que no suceden; en la otra vida es en donde Dios se reserva el castigo.

El Evangelio es del de S. Lucas del cap. 24.

In illo tempore: Stetit Jesus in medio discipulorum suorum, et dicit eis: Pax vobis: ego sum, nolite timere. Conturbati verò, et conterriti, existimabant se spiritum videre. Et dixit eis: Quid turbati estis, et cogitationes ascendunt in corda vestra? Videte manus meas et pedes, quia ego ipse sum: palpate, et videte: quia spiritus carnem, et ossa non habet, sicut me videtis habere. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et pedes. Adhuc autem illis non credentibus, et mirantibus præ gaudio, dixit: Habetis hic aliquid, quod manducetur? At illi obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis. Et cum manducasset coram eis, sumens reliquias, dedit eis. Et dixit ad eos: Hæc sunt verba, quæ locutus sum ad vos, cum adhuc essem vobiscum, quoniam necesse est impleri omnia, quæ scripta sunt in lege Moysi, et Prophetis, et Psalmis de me. Tunc aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas. Et di-

En aquel tiempo apareció Jesus en medio de sus discipulos, y les dijo: La paz sea con vosotros: yo soy: no temais. Pero en medio de la turbacion y del espanto en que estaban, creian ellos que no veian mas que un espíritu. Dijoles: ¿Qué motivo teneis para estar tan atribulados? ¿y por qué os apurais con esos pensamientos que teneis? Mirad mis manos y mis pies; yo soy, tocad y ved. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus pies. Tan grande era el gozo que tenian que todavia no se determinaban á creer, y estaban todos como asombrados. Dijoles, pues: ¿Teneis alguna cosa que comer? Presentáronle parte de un pez asado y un panal de miel, y habiendo comido delante de ellos, tomó lo que quedaba, y se lo dió; despues les dijo: Esto es lo que yo os decia cuando estaba aun con vosotros, que era necesario que se cumpliese

xit eis: Quoniam sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgere à mortuis tertio die, et prædicari in nomine ejus pœnitentiam, et remissionem peccatorum in omnes gentes.

todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Abrió- los entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, que era necesario que el Cristo padeciese de este modo, que resucitase al tercero dia, y que se predicase en su nombre la penitencia y la remision de los pecados á todos los pueblos.

MEDITACION.

De las señales de la verdadera resurreccion espiritual.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las señales seguras de la verdadera resurreccion espiritual son, por decirlo así, los efectos de la resurreccion. La resurreccion de Jesucristo á la vida gloriosa es el modelo de nuestra resurreccion á la nueva vida de la gracia. La resurreccion de Jesucristo comprende dos cosas: una mutacion de estado, y la constancia en este estado. Nuestra resurreccion á la nueva vida debe tambien incluir particularmente una mutacion de estado; por esto nos dice S. Pablo que para participar de la resurreccion de Jesucristo, es preciso; como él, caminar en una nueva vida, revistiéndonos del hombre nuevo. ¿De qué sirve llorar, gemir, acusar los pecados, humillarse por la penitencia, si no se muda de vida? Llantos inútiles, vanos gemidos, confesion infructuosa, sacrilega, si no se sale del estado de pecado. Ni aun hasta el mudar de estado; la resurreccion á la nueva vida debe incluir la constancia en este estado, la perseverancia. Habiendo resucitado Jesucristo ya no muere. Del mismo modo, si hemos resucitado verdaderamente á la gracia, no debemos ya morir por el pecado, sino que á ejemplo de la resurreccion del Salvador, la nuestra debe ser acompañada de la vida en la gracia. Si hemos resucitado verdaderamente á la nueva vida, no debemos ya vivir sino para Dios, y en la gracia y amistad de Dios. La Escritura hace mencion de tres géneros de resurrecciones: la primera es la de Samuel, el cual por un encantamiento pareció presentarse resucitado á Saul. Era fácil engañarse, y efectivamente se engañó; y

el que veía y creía que era Samuel, halló poco después que no era en la realidad más que un fantasma. Tal es la pretendida resurrección de un gran número de pecadores que al parecer han resucitado en estas fiestas, porque parece que han detestado sus pecados; pero esta aparente resurrección desaparece con las ceremonias de la fiesta. La segunda fué la resurrección de Lázaro. Era, en efecto, verdadera; pero era imperfecta, puesto que Lázaro no había resucitado verdaderamente sino para morir, y tal es la resurrección de innumerables gentes, que habiendo resucitado verdaderamente á la gracia en estas fiestas de Pascua por una sincera penitencia, no perseveran y recaen en el pecado, al cual habían renunciado. En fin, la tercera especie de resurrección es la de Jesucristo, única verdadera y perfecta, y que únicamente debe ser el modelo de la nuestra, si queremos que lo sea, puesto que Jesucristo es el único que ha resucitado verdaderamente para no volver á morir. ¡Cuan lamentable es el hacer grandes gastos, y no sacar de ellos utilidad alguna! Consideremos á cual de estos tres géneros de resurrecciones es semejante la nuestra. Muchas confesiones en la Pascua; pero ¿hay muchas conversiones? ¡Buen Dios! ¡qué de resurrecciones aparentes! ¡qué de resurrecciones imperfectas! ¡Cuan pocas verdaderas y perfectas resurrecciones! Juzguemos por los efectos, que son la prueba de ellas.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no basta haber resucitado verdaderamente á una nueva vida por la gracia; es preciso valerse de todos los medios para conservar esta nueva vida, y precaver y evitar todo lo que pueda hacer que se pierda ó se debilite. Una de las causas ordinarias de nuestras recaídas es que contamos demasiado con nuestras resoluciones, con nuestro fervor, con nuestra disposición presente. Semejantes en esto á los que han estado peligrosamente enfermos, y habiendo recobrado las primeras fuerzas, y con ellas un nuevo vigor, cuentan tanto con su salud, que se esponen sin temor á los más grandes peligros de perderla: no tienen reserva alguna, ningún régimen de vida tan necesario para conservar su robustez. Siguese su apetito, cométese muchos excesos, espónese sin precaución á un aire frío, muchas veces hasta contagioso; diríase que ya no se debe morir, porque se ha estado más peligrosamente enfermo; nada se rehusa, desafiase todo, y se muere á la primera recaída, la cual se ha acelerado por las indiscreciones y la imprudencia. Hagamos la aplicación; la analogía es perfecta. ¿De donde vienen tantas recaídas funestas después de las santas so-

lemnidades de la Pascua? de nuestra falsa seguridad, de nuestras indiscreciones, de la facilidad, de la imprudencia, de la temeridad con que sin preservativo nos esponemos al peligro. Hase resucitado á la gracia por una penitencia saludable, hace recobrado una nueva vida, siéntese un nuevo fervor, gústase de Dios, tiénese devoción; son poco equivocadas estas señales de salud y de una renovación espiritual. Duermen las pasiones y el enemigo de la salvación no se atreve á removerlas; sin embargo no por eso está menos atento á nuestra pérdida. En esta seguridad y con tan buenas disposiciones de nada se desconfía. Vuélvese al gran mundo, espónese al aire corrompido, mézclase indiferentemente con todo género de compañías. No permita Dios que en todo esto intervengan malos fines; hácese siempre con la resolución especiosa de ser de Dios, y de sacrificarlo todo por conservarse en la inocencia. A la verdad el pecado grave causa horror, pero no asustan ya las faltas ligeras. Entrase, por decirlo así, en el mundo y en sus partidas de placer, familiarízase uno con los objetos, cométese indiscreciones en materia de diversiones, no es ya uno tan rígido observador de su arreglo de vida. Dispénsase de muchas prácticas de devoción, no se acerca con tanta frecuencia á los sacramentos, ni se guardan ya los sentidos con tanta vigilancia. La conciencia á la verdad da sus latidos, pero la voluntad que se tiene de perseverar asegura. En fin, nuestro propio corazón nos hace traición. Muérese uno casi sin percibir que está enfermo, y en un momento se pierden todas las ventajas de la resurrección.

No permitais, Señor, que me suceda esta última desgracia. Haced por vuestra misericordia que yo viva continuamente en el temblor y en el temor de perder la gracia. Yo os prometo mediante los auxilios de esta gracia tener tanto horror á las ocasiones del pecado, como al pecado mismo.

JACULATORIAS. — Traspasad mi alma y mi carne con vuestro santo temor, á fin de que yo evite vuestros terribles juicios. (*Psalm. 118.*)

Yo vivo, pero no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí. (*Ad Galat. 1.*)

PROPOSITOS.

1 Cuanto más consolatorias son las señales de nuestra resurrección, tanto más nos interesa el hacer sus frutos eternos. Estais ya libres del demonio, estais curados, decía el Salvador,

á aquellos en cuyo favor acababa de hacer estos milagros. No volvais á caer ya en el pecado, no sea que os suceda otra cosa peor. Esto es tambien lo que os dice el Salvador, y lo que debéis deciros sin cesar á vosotros mismos. Para evitar esta desgracia tomad todas las medidas necesarias para conservaros en esta nueva vida que habeis recibido por vuestra resurreccion. Estad continuamente alerta, acordaos que estais en país enemigo, y sobre un mar célebre por los naufragios. No perdais jamás de vista el cielo: huid hasta de las menores ocasiones de pecado, y desconfiad de vosotros mismos.

2 Además de la fuga de todo lo que puede servir de ocasion de pecado, además de una fidelidad constante en todos vuestros ejercicios de piedad, y una delicadeza exquisita de conciencia, acercaos con frecuencia á los sacramentos; tened una devocion diaria y tierna á la santísima Virgen y á vuestro ángel de guarda: esta constante devocion es un poderoso medio para obtener de Dios la gracia tan necesaria de la perseverancia. Pensad frecuentemente en lo que vale la gracia, que es el precio de toda la sangre de Jesucristo. ¡Qué desdicha perderla! Es un tesoro, guardaos bien de esponerle, conservadle con cuidado, y sacrificadlo todo, bienes, honor, salud, la vida misma antes que perder la gracia. Pedid todos los dias la perseverancia y la gracia final; es este un puro don de Dios que es necesario pedirle todos los dias.

DOMINGO DE CUASIMODO.

ESTE domingo tan privilegiado en la Iglesia es propiamente el fin de la célebre octava de Pascua, la cual no era mas que una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse estos siete dias de fiesta principalmente por los neófitos ó recién bautizados, á fin de fortificarles con auxilios espirituales, dice S. Juan Crisóstomo, contra todos los combates que tendrían que sostener despues del bautismo; puesto que el demonio jamás nos hace una guerra mas cruda, que cuando nos ve enriquecidos con mayores dones del cielo. En esto consiste que cada uno de los siete dias tiene todavía Evangelios y misas propias, á fin de que pueda predicarse en todos ellos. S. Agustin dice que esta octava de fiesta se habia establecido no solo para la solemnidad de la fiesta de la resurreccion, sino tambien para que contribuyese á fortificar el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, y su infancia espiritual; por esto se les

obligaba á comulgar todos estos ocho dias, y en cada uno de ellos se les hacia una nueva instruccion. Habiendo cesado hácia el siglo XIII el uso de no conferir el bautismo mas que en la Pascua y Pentecostes, se redujo á tres el número de siete dias de fiesta.

Los griegos llaman á este domingo el *Domingo nuevo*, en atencion á todos los que han sido reengendrados, porque es la primera vez que los neófitos, dejado ya el hábito blanco, comparecen en la iglesia con el hábito ordinario como el comun de los fieles. Danle tambien el nombre de *Anti-Pascual*, esto es, el domingo que está en oposicion al domingo de Pascua, cuya octava y solemnidad termina.

Entre los latinos se califica este domingo con diversos nombres. En los mas antiguos sacramentarios se llama *la Octava de Pascua*, y está considerado como el término no solo de esta célebre octava, la mas solemne de todas las octavas de la Iglesia, sino tambien de la quincena pascual de la cual hacia la abertura el domingo de Ramos, y á la que este domingo ponía el sello; de aquí ha venido el nombre de *Pascua cerrada*, que es el que se le da todavía en Francia. El nombre de domingo de *Cuasimodo* es en el dia de hoy el mas comun y el mas usado: está tomado de la primera palabra del introito de la misa de este dia. Por fin, entre los eclesiásticos se llama el domingo *in Albis*, esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neófitos llevan el hábito blanco en señal de la inocencia que habian recibido en el bautismo. Hoy, dice el padre S. Agustin, queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma, que consiste en la inocencia. No por esto deja de ser aun la solemnidad de este dia la fiesta, por decirlo así, de los nuevamente bautizados; á ellos principalmente hace relacion el introito y la Epistola de este dia.

Tambien en este dia, especialmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles despues de la comunión, los *Agnus Dei* de pasta de cera que el papa habia bendecido solemnemente, como se ha dicho en otra parte, y que habia comenzado él mismo á repartir la víspera entre el *Agnus Dei* y la comunión. En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una virtud singular sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire, y contra las enfermedades contagiosas: la bendiccion especial del soberano pontífice les imprime esta eficacia, y esta es la causa por qué en todas las naciones se conservan con tanta veneracion entre los fieles.